

Félix Julio Alfonso  
López

*Marta Abreu: modernidad, beneficencia y patrimonio*

*«Tuvo Marta Abreu mucha opulencia de alma, con la cual supo emplear generosamente la otra de su fortuna material. Dio de ambas a manos llenas: para aliviar de tristezas a los pobres del mundo y para ayudar a que su patria alcanzase la independencia».*

JORGE MAÑACH

A finales de 1845, con escasas semanas de diferencia, nacieron en la villa de Santa Clara dos figuras que pasarían a la posteridad como patriotas intachables y orgullo de su ciudad natal. Uno era hombre y se destacó como militar de acendrado valor, al extremo de permanecer en la manigua más de un año después que se firmara el cese de hostilidades en la guerra de los Diez Años, protagonizar la Protesta de Jarao el 15 de abril de 1879, y morir con estoicismo a principios de 1885 fusilado en el Morro de Santiago de Cuba. La otra era mujer, de origen acomodado y, aunque nunca tomó las armas en la mano contribuyó quizás como ningún otro, con fondos de su fortuna familiar, al engrandecimiento de su localidad y la noble causa de la independencia de Cuba. El varón se llamaba José Ramón Leocadio Bonachea Hernández; la mujer fue bautizada como Marta de los Ángeles Abreu Arencibia. Ignoramos si estos contemporáneos llegaron a conocerse alguna vez, pues la vida les deparó destinos muy diferentes, pero aun así están unidos en la historia por ese hilo secreto del amor a la libertad y el patriotismo.

No fueron los únicos hijos de Villa Clara que se destacaron por su mérito en el siglo XIX, pues a sus nombres debemos añadir los de una pléyade de intelectuales, pedagogos, hombres de ciencias, militares y políticos como Francisco Díaz de Villegas, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Guillermo y Antonio Lorda, Eduardo Machado, Mariano Clemente Prado, la Maestra Nicolasa, Carolina Gutiérrez, Carmen Gutiérrez Morillo, Manuel García Garófalo, Manuel Dionisio González, Eligio Eulogio Capiró, Manuel Serafín Pichardo, José Braulio Alemán y Julio Jover y Anido. Sus vidas y sus obras todavía son poco conocidas a nivel nacional, y en la memoria de sus compatriotas su comprensión cabal es todavía una asignatura pendiente.

En el caso de Marta Abreu, de quien nos ocuparemos en estas páginas, no cabe duda de que su vida fue un continuo quehacer de acciones generosas, que solo tuvieron término con su muerte. Fue la suya una vocación de servicio conciudadano y a su patria difícilmente comparable en el siglo XIX cubano, tanto por su origen clasista como por su condición de mujer, tradicionalmente excluida del protagonismo social en la etapa colonial. Pudo ser una dama rica y culta, destinada a un matrimonio por conveniencias con otro miembro de su clase, y a la vida frívola de viajes y reuniones sociales, pero prefirió casarse, pese a la oposición del padre, con un hombre no solo mucho más pobre, sino además cuatro años más joven y con el que compartía ideales cívicos y desvelo patriótico. Pudo, como bien dice Manuel García Garófalo: «vivir reconcentrada en las ocupaciones de una dama opulenta, olvidada de los que sufrían y morían de hambre y de miseria, sin extender su mano generosa al desgraciado, dejando que el Mayordomo de su palacio repartiera los cuartos que sobraban».<sup>1</sup> Pudo incluso, por su ascendiente familiar, donde su padre fue un teniente de caballería, su abuelo paterno subteniente de milicias y el materno regidor y alguacil mayor, ser partidaria del dominio español, sin embargo fue todo lo contrario, y en un acto insólito dentro de la sociedad colonial, rechazó el título nobiliario de condesa de Santa Clara, con el que quisieron agasajarla los integrantes del Ayuntamiento. Lo anterior se explica en el hecho de que, como afirma el periodista español

<sup>1</sup> Manuel García Garófalo Mesa: *Marta Abreu de Estévez. Apuntes biográficos*, p. 19, Imp. y Pap. Maza y Cía., La Habana, 1918.

Rafael Marquina: «Marta Abreu era un alma demasiado pura para dejarse tentar por las vanidades y la vanagloria. Mujer de una rectitud que, por serle natural, no pudo parecerle un mérito, no se dejó llevar jamás por el halago mundanal».<sup>2</sup>

Sus biógrafos coinciden en la entereza de carácter y reciedumbre moral de esta mujer excepcional, que en su juventud fue una muchacha dulce y melancólica, dotada de una natural simpatía.

Poco agraciada físicamente, trató de sobresalir por su inteligencia, la delicadeza de sus modales y la elegancia del vestir. No obstante la naturaleza bondadosa y altruista de su personalidad, Marta tuvo también inclinaciones íntimas por cuestiones de menor trascendencia, menudencias y frivolidades, como se observa en la correspondencia con su amiga y confidente Teresa Quijano de Molina, donde aparecen numerosas referencias a la moda, los detalles del vestuario y la insistencia en la comodidad de la prendas de vestir, algo en que era una verdadera conocedora.<sup>3</sup> El erudito Francisco de Paula Coronado ha señalado el perfil sicológico de Marta Abreu, escindido entre pasiones contrapuestas: «El carácter de Marta era complejo, a veces enérgico, también a veces débil». Por contraste, señala que su esposo, el doctor Luis Estévez Romero, era «uniforme, frío, sereno, reflexivo, prudente hasta la timidez, siempre austero y siempre bondadoso».<sup>4</sup> Según Pánfilo Camacho, otro de sus biógrafos, sus lecturas de formación fueron escogidas aunque «sin posibilidades de adquirir cultura excepcional».<sup>5</sup> Como la mayoría de sus contemporáneos ilustrados, su mundo espiritual fue el de la civilización española, con influencias marcadas de la cultura francesa, algunos de cuyos literatos conoció en sus frecuentes viajes a Europa, como el novelista Edmund de Rostand, autor de *Cyrano de Bergerac*, aunque tenía alguna dificultad con los idiomas, especialmente con el inglés, como reconoce en una carta escrita a su hermana Rosa en los Estados Unidos: «yo entiendo

<sup>2</sup> Rafael Marquina: *Alma y vida de Marta Abreu*, p. 21, Editorial Lex, La Habana, 1951.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>4</sup> Francisco de Paula Coronado, Prologo, en: Manuel García Garófalo Mesa: *Marta Abreu Arencibia y el Dr. Luis Estévez y Romero*, pp. XII-XIII, Imprenta y Librería La Moderna Poesía, 1925.

<sup>5</sup> Pánfilo D. Camacho: *Marta Abreu. Una mujer comprendida*, p. 49. Editorial Trópicos, La Habana, 1947.

bastante pero no puedo decir tres palabras en inglés sin ser dos de ellas en francés, armo unas jerigonzas que nadie me entiende. Lo peor del caso es que ahora voy a olvidar el francés que ya había empezado a atrapar a fuerzas de trabajos. Estoy destinada a no saber expresarme más que en el mío».<sup>6</sup>

¿Dónde aprendió la joven Marta aquella devoción que la poseía, de asumir el bien público como una actitud ante la vida? Todo los que han narrado su vida coinciden en señalar la figura de la madre, doña Rosalía Arancibia de Abreu, como el numen tutelar de su vocación filantrópica. Según Marquina, doña Rosalía «debió ser una matrona ejemplar. Su inmensa fortuna acrecida por don Pedro Nolasco [...] era alivio de penalidades ajenas. Ejercía la caridad con suavidades silenciosas, envolviéndola en un hermetismo noble [...] ayudaba al prójimo porque sentía evangélicamente el amor de este deber, la belleza de este servicio».<sup>7</sup> En efecto, a expensas de su dinero se educaron muchos niños y jóvenes de ambos sexos, tanto en la Isla como en el extranjero. Sin embargo, hay una diferencia entre ambas actividades, pues «Marta Abreu no fue únicamente [...] una benefactora magnánima e ilímite [...] un ejemplo de caridad generosa. Su madre, doña Rosalía, fue una dama caritativa; Marta, su hija, fue una mujer creadora, una fundadora ilustre».<sup>8</sup> Dicha distinción no deja de ser importante, pues Marta superó con creces el altruismo y el desinterés para encarnar en sí una filantropía moderna, que no se agota en el acto mismo de ejercer la caridad, sino que busca objetivos sociales y culturales que trascienden a la persona que la ejerce o al que la recibe de modo individual. Ello fue posible además por una coyuntura favorable en el contexto nacional y local, que hizo viable la prédica virtuosa de Marta Abreu.

El momento histórico en que Marta Abreu comenzó a ejercer de manera sistemática sus obras de caridad, coincide con una época de cambios importantes en la Isla, tras la paz sin independencia firmada en 1878. La década de 1880 fue el escenario donde la administración colonial empezó a poner en vigor par-

<sup>6</sup> Javier de Castromori: «Marta Abreu y Luis Estévez en el centenario de sus muertes». <http://memorandumvitae.blogspot.com/2008/12/marta-abreu-y-luis-estvez-en-el.html>

<sup>7</sup> Rafael Marquina, p. 71.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 72.

te de la legislación española de la Restauración, lo que propició el surgimiento de una sociedad civil con limitaciones, pero legal y autorizada. En ese contexto se promulgó la ley de asociaciones, la ley de imprenta, y se promovieron con fuerza las instituciones educacionales, recreativas, mutualistas, religiosas, profesionales, estudiantiles, deportivas, de beneficencia y culturales. En el caso de las asociaciones de beneficencia, actividad en la que Marta se destacó notablemente, su exigencia en la Isla databa de fines de siglo XVIII, y al decir de la historiadora María del Carmen Barcia: «Fueron construidas desde el poder colonial para sanear el “cuerpo social”. De igual forma que debían curarse y prevenirse las enfermedades, la sociedad debía ser purificada de mendigos, prostitutas y sobre todo, de los niños indigentes que pululaban por las calles y tenían que ser instruidos para convertirlos en ciudadanos útiles. La educación de las niñas las preparaba para las labores domésticas, cuestión que según criterios de la época contribuía a adiestrarlas para el matrimonio, o en su defecto, para trabajar como sirvientas [...] Paralelamente, los varones eran instruidos en oficios para que pudieran ganarse la vida de una forma útil. Estas instrucciones benéficas, solo por excepción, transgredían la línea del color y generalmente limitaban su esfera de acción a los niños y niñas blancos».<sup>9</sup>

Entre las instituciones benéficas más importantes que se fundaron o alcanzaron auge en estos años se destacan la Real Asociación de Escuelas Dominicales, destinada a educar a jóvenes pobres y criadas; la Sociedad de Beneficencia Domiciliaria, cuya misión era socorrer las familias indigentes; la Sociedad Protectora de Niños de la Isla de Cuba, encaminada a atender a niños de todas las razas y condiciones sociales, y numerosas sociedades de socorros mutuos consignadas a atender a los inmigrantes y disponerlos para la vida moderna. En todas primaba el ideal de ilustración y modernización de la sociedad colonial, saneando las partes dañadas o «enfermas» del tejido social, y dotando a las personas menos favorecidas de «conocimientos básicos para acceder a la modernidad sobre la base de que la movilidad social debía descansar en la preparación del individuo».<sup>10</sup>

<sup>9</sup> María del Carmen Barcia: *Capas populares en Cuba (1878-1930)*, pp. 79-80, Fundación La Habana, 2005

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 83.

Tales presupuestos son también los que guían la gestión benefactora de Marta Abreu en Santa Clara, cumpliendo un doble propósito de modernización de la urbe y desarrollo de las capacidades intelectuales y físicas de sus habitantes para una vida social útil a la ciudad, que vivía entonces un período de florecimiento y expansión. La villa dedicada en 1689 a Santa Clara de Asís, había experimentado hacia mediados del siglo XIX cambios en su fisonomía urbana y desarrollo económico, que llevaron al cabildo a pedir la condición de ciudad. Entre los hitos urbanos descollaban «cuatro templos [...] de bella construcción, edificados a expensas de los fieles, hospitales, plazas públicas, cementerio, casa de ayuntamiento, ocho escuelas gratuitas, cárcel nueva y otros edificios de reconocida utilidad».<sup>11</sup> En la trama edilicia se contaban además un nutrido grupo de negocios y establecimientos comerciales, principalmente relacionados con las manufacturas de tabaco, el trabajo del cuero, la madera y las tejas, así como diversos servicios menores destinados al mercado interno. La dinámica azucarera y mercantil fue beneficiada por el ferrocarril que enlazó la población mediterránea con el sureño puerto de Cienfuegos en 1860. Desde años antes, la vida intelectual se vio favorecida por la introducción de la imprenta, el telégrafo, la circulación de varios periódicos, la presencia en la vida de poetas como Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, la fundación de la Sociedad Filarmónica, luego llamada Liceo Artístico y Literario, y la aparición de la primera obra importante de la historiografía villaclareña: *Memoria histórica de la villa de Santa Clara y su jurisdicción*, publicada por el literato y periodista Manuel Dionisio González en 1858. Para estas fechas, el cenáculo cultural de la villa podía exhibir nombres como los de Eligio Eulogio Capiro, profesor ilustrado; Miguel Jerónimo Gutiérrez, mecenas literario y poeta, y Eduardo Machado educado en Europa y autor de libros donde defiende la figura de *Plácido* y ataca la esclavitud.<sup>12</sup> Finalmente, el 12 de mayo de 1867, la villa fue declarada ciudad por Real Decreto de la Reina Isabel II, consagrando así su importancia civil y económica entre las poblaciones situadas en el centro de la Isla.

<sup>11</sup> Ovidio Cosme Díaz Benítez: *Santa Clara nuestra*, p.40, Editorial Historia, La Habana, 2009.

<sup>12</sup> Pánfilo D. Camacho: *Eduardo Machado, el legislador trashumante*, pp. 31-32, Editorial Trópico, La Habana, 1943.

Marta Abreu creció y se educó en la urbe que hemos descrito en líneas generales y por lo tanto sus recuerdos de adolescencia y juventud fueron marcados por ese auge comercial, económico, urbano e intelectual de la villa en tránsito a ciudad. Tres lustros más tardes, la heredera de una cuantiosa fortuna originada en los negocios azucareros y de ganado del padre, sería también protagonista del progreso de Santa Clara, no ya como espectadora sino como partícipe activa. El ingenio San Francisco, modernizado por el doctor José Grancher, esposo de Rosa Abreu, capaz de producir 40 mil sacos de azúcar anuales, era una de las fuentes principales de la riqueza de Marta, administrado por su esposo Luis Estévez.

Su inaugural obra de fundación fue el Colegio San Pedro Nolasco, en homenaje a su progenitor. Este centro docente abrió sus puertas el 31 de enero de 1882, y fue su primer director el pedagogo Eduardo Rodríguez Veytia. Se cuenta, como algo extraordinario, que el día de la inauguración Marta rompió la etiqueta de la ceremonia y espontáneamente regaló 400 pesos a personas pobres que presenciaban el acto, y donó otros 100 para la Asociación de San Vicente Paúl. A partir de esa fecha, las acciones creadoras de Marta Abreu en el orden educativo, asistencial, conmemorativo, constructivo, científico y de servicio público no se detuvieron hasta 1895, en que abandona la Isla para marchar al exilio. Entre sus obras más importantes descollan la escuela para niños negros El gran Cervantes (1882), el asilo de pobres San Pedro y Santa Rosalía (1883), la escuela para niñas pobres Santa Rosalía (1885), el obelisco a los padres Juan Martín de Conyedo y Francisco Antonio Hurtado de Mendoza (1886), la Escuela de Conyedo, el Cuartel de Bomberos y la Jefatura de Policía, todos en 1886, los lavaderos públicos y gratuitos (1887), el dispensario para niños pobres El Amparo (1895), el puente del camino al Cayo (1895), el paradero del ferrocarril entre Santa Clara y Cienfuegos y la moderna planta del alumbrado eléctrico (1895), ocasión en que se levantó en la plaza mayor una réplica de la Torre Eiffel, símbolo supremo del progreso industrial, y varios arcos de triunfo.

De manera simultánea, Marta realizó visitas y donaciones a los hospitales de San Lázaro y San Juan de Dios, y al observatorio meteorológico que dirigía el joven científico Julio Jover Anido. También contribuyó al arreglo del camino de Santa Clara a

Camajuaní, dotar al cementerio de una bóveda para los pobres, erigir la Logia Progreso y la escuela La Trinidad para niños negros. Asimismo sufragó estudios de medicina a jóvenes villareños, costeó los viajes por Europa del sabio Carlos de la Torre, a quien confió la educación de su hijo Pedro, y la publicación de libros de ciencias, como el del matancero Sebastián Alfredo Morales sobre la flora cubana.<sup>13</sup> Ya en la república, Marta contribuyó con donativos en libros y alumbrado a la biblioteca municipal.

Sumado a lo anterior, su obra magna y de mayor trascendencia, fue el teatro La Caridad, inaugurado el 8 de septiembre de 1885, día de la Virgen del Cobre, patrona de Cuba. El costo total de la construcción fue de 150 000 pesos, ejecutada por el ingeniero Herminio Leiva y su interior fue decorado por el pintor Camilo Salaya con imágenes que representan al Genio, la Fama y la Historia. Por expresa voluntad de Marta, los productos de las funciones dramáticas serían a favor del Municipio, para que los invirtiera en obras de instrucción pública y beneficencia, y de la asociación de San Vicente Paúl, a fin de ser repartido entre pobres y menesterosos. El propio Municipio y la Asociación de Beneficencia Domiciliaria tendrían a su cargo la administración del inmueble, cubriendo sus gastos con el alquiler de locales para cafés, restaurant y peluquería.<sup>14</sup> El destacado orador y político autonomista Rafael Montoro y el compositor Eduardo Sánchez de Fuentes figuraron entre los invitados de mayor relieve. Como datos de interés relacionados con el funcionamiento del teatro, Marta estableció que en el mismo no se podrían representar obras «inmorales y poco edificantes, que desdigan de la misión civilizadora del arte dramático: instruir deleitando. Al efecto, pedirá a las compañías su repertorio, y hará excluir de estos, las que pertenezcan al género indicado». Tampoco se podrían celebrar mítines políticos «en previsión de los desperfectos que pudiera ocasionar al edificio y su mobiliario, la excesiva aglomeración de concurrentes, ni aun con la oferta de responder de ellos».<sup>15</sup>

Otro aspecto importantísimo en la biografía de Marta Abreu es el de su religiosidad, lo que queda demostrado no solo en su

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>14</sup> Manuel García Garófalo Mesa: *Marta Abreu Arencibia y el Dr. Luis Estévez y Romero*, ob. cit., pp. 52-53.

<sup>15</sup> Florentino Martínez Rodríguez: *Marta Abreu y Arencibia. Biografía de una mujer excepcional*, p. 71, Editorial Lex, La Habana, 1951.



devoción misericordiosa, sino en las múltiples obras de todo tipo que hizo en ayuda de la Iglesia Católica. En este sentido se destaca el regalo de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús a la Parroquial Mayor, la reconstrucción de dicho templo y la reforma de la iglesia del Buen Viaje. A la iglesia de Encrucijada donó 300 pesos para su construcción y una imagen de San Pedro Nolasco tallada en Francia. Con tales antecedentes, debemos creer a Marquina cuando dice que Marta «vivió profundamente sus creencias del naturalísimo modo y con la buena gracia sencilla con que ejemplarizó en los demás órdenes de su vida. Ni tan excesiva en el aparente alarde, que se le pudiese tener por afecta a la beatería, ni temerosa de exteriorizar sus devociones con hábitos hipócritas [...] fue religiosa y devota [...] acudía al templo con alguna frecuencia y rezaba frecuentemente».<sup>16</sup>

En resumen, como afirma con justicia el historiador Ovidio Díaz: «Marta Abreu fue una mujer que se situó por encima de los intereses de la clase social a que perteneció, para proyectarse hacia el bien social; más que hacer caridad, que indiscutiblemente la hizo, contribuyó al progreso y la civilización de su tierra natal. Su esplendor no estuvo en la cuantiosa fortuna que heredó. Ella entendió en las entrañas de aquella sociedad de segregación social, que los que lucharon contra el régimen imperante y buscaron la separación de España, defendieron un hermoso ideal para el bien común. La excelsa mujer, en unión de su esposo y familia, fue de esta noble causa».<sup>17</sup>

Si relevante fue la contribución de la familia Abreu Estévez al embellecimiento físico y progreso moral de Santa Clara, otro tanto fueron las cuantiosas subvenciones que Marta y sus hermanas Rosa Abreu de Grancher y Rosalía Abreu de Sánchez Toledo, realizaron desde su exilio parisino a la guerra de 1895. Ello es algo tan trascendente, que a raíz de la muerte de la gran benefactora, ocurrida el 2 de enero de 1909, el sabio meteorólogo Julio Jover Anido recordó las palabras del generalísimo Máximo Gómez diez años antes, cuando al preguntársele su opinión sobre Marta dijo: «No saben ustedes los villaclareños, los cubanos todos, cual es el verdadero valor de esa señora; quien lo sabe bien es don Tomás Estrada Palma, vayan y pregúntenle que sig-

<sup>16</sup> Rafael Marquina: ob. cit., pp. 158-159.

<sup>17</sup> Ovidio Cosme Díaz Benítez: *Santa Clara nuestra*, ob. cit., p. 61.

nificación patriótica alcanza la ilustre Marta. Si se sometiera a una deliberación en el Ejército Libertador, el grado que a dama tan generosa habría de corresponder, yo me atrevo a afirmar que no hubiera sido difícil se le asignara el mismo grado que yo ostento».<sup>18</sup>

Tan reveladores como las palabras de Gómez resultan los juicios de Arístides Agüero en carta a Tomás Estrada Palma de junio de 1897, en los que juzga severamente a los hacendados cubanos emigrados en Francia, contrastando la actitud de Marta con la de otros miembros de su clase. Dice Agüero: «Esta emigración es muy tibia, los ricos no tienen patriotismo verdadero, sino interesado. Lo primero que preguntan es: ¿Cuándo se arreglará Cuba?, ¿acabarán pronto eso?, poco les importa que perdamos o ganemos, lo que ansían es poder moler y ganar dinero pronto. De los que han dado dinero, solo Ignacio Agramonte creo tiene amor a Cuba libre, los otros lo hicieron por miedo al fuego y la revancha».<sup>19</sup> Como se sabe, el nombre del bayardo camagüeyano era el seudónimo escogido por Marta Abreu, quien escribió desde Bayona, el 15 de febrero de 1897: «... yo considero que no hago más que cumplir con un sencillo deber, como hija de aquel suelo donde están los que verdaderamente merecen una epopeya, por estar derramando su generosa sangre a fin de dar a todos una patria libre ¿cómo no hacer un esfuerzo extraordinario los que podemos hacerlo, para que el éxito más glorioso corone los titánicos empeños de nuestros Compatriotas que luchan».<sup>20</sup> Tiene razón Marquina al afirmar que Marta «vivió el heroísmo sencillamente» y que no hubo «en sus acciones ni en sus sentimientos énfasis ni vanagloria». Por ello pudo decir al conocer la noticia de la muerte de Antonio Maceo, en breve telegrama dirigido a Tomás Estrada Palma el 19 de diciembre de 1896: «Diga si es cierta desoladora noticia. Cuente diez mil pesos. Adelante. *Ignacio Agramonte*».<sup>21</sup> Y poco después agregaría: «no es de almas bien templadas desfallecer

<sup>18</sup> Manuel García Garófalo Mesa: *Marta Abreu de Estévez. Apuntes Biográficos*, ob. cit., p. 77.

<sup>19</sup> Paul Estrade: *La colonia cubana de París, 1895-1898*, p. 301, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

<sup>20</sup> Rafael Marquina: ob. cit., p. 48.

<sup>21</sup> Agustín Veitía Ferrer: *Marta G. Abreu, la cubana excelsa*, p. 115, Editorial Lex, La Habana, 1947.

ante un golpe adverso de la fortuna, sino antes bien, cobrar mayores bríos para llevar adelante, sin flaqueza, la magna empresa acometida. Es por ello que le dirigí mi telegrama diciéndole “Adelante” y poniendo a su disposición diez mil pesos».<sup>22</sup>

Los primeros aportes de Marta a la guerra se produjeron a principio de 1896, por mediación del doctor Juan Guiteras, y ese propio año el delegado de PRC, Tomás Estrada Palma, reconocía en la dama santaclareña a una de sus más eficaces colaboradoras. En el verano de 1896 entregó varios miles para la expedición del coronel cienfueguero Rafael Cabrera,<sup>23</sup> y se sabe que además de realizar donaciones de importantes sumas en metálico a la tesorería, Marta destinó 200 pesos mensuales para auxiliar el representante del PRC en París, el médico puertorriqueño Ramón Emeterio Betances. Asimismo promovió otros donativos, aprovechando sus relaciones con el político español Nicolás Salmerón y el cubano Rafael María de Labra, dirigidos a los presos de Ceuta y a sufragar el periódico independentista *La república Cubana*. Según el historiador francés Paul Estrade: «Sus entregas a la Tesorería del Partido Revolucionario Cubano se elevan a 186 000 pesos. Si se añade lo que dio para los presos de Ceuta, la expedición de Rafael Cabrera y toda clase de colectas locales, así como la Delegación parisiense, se puede estimar que su contribución (junto a la de su marido Luis Estévez) sobrepasa los 210 000 pesos (1 100 000 francos), lo que representa la mitad del aporte total de la colonia cubana de París».<sup>24</sup>

En los días aciagos de la Reconcentración de Weyler, Marta sostuvo a sus hermanas la cocina económica que funcionó en el

<sup>22</sup> Ídem.

<sup>23</sup> «El 22 de agosto de 1896 llegó a Nuevitas el vapor Dautnless, conductor de pertrechos de guerra y hombres bajo el mando del General Emilio Núñez como jefe de Mar y del Coronel Rafael Cabrera como Jefe de Tierra. Sobre el coronel Rafael Cabrera y López Silvero, jefe que fue de esta expedición militar, ha sido escaso el recuerdo patriótico de sus méritos, que fueron tantos como los de su interesante personalidad. Fue Cabrera quien a principios de 1896, ante la penuria económica del Tesorero de la Delegación revolucionaria en Norteamérica, cuando más necesitada estaba de recursos para auxiliar el ejército invasor de occidente, se trasladó a París, en misión especial para recaudar de la acaudalada cubana doña Marta Abreu de Estévez, alguna voluntaria aportación monetaria, cual fuera hecha por dicha compatriota, en la respetable ascendencia de CINCUENTA MIL PESOS», Miguel Varona Guerrero: *La guerra de independencia de Cuba 1895-1898*, vol. II, p. 1355, Editorial Lex, La Habana, 1946.

<sup>24</sup> Paul Estrade: ob. cit., pp. 259-260.

Convento de los Padres Pasionistas de su ciudad natal, y en carta a su amiga y confidente Teresa Quijano le decía «veo lo que me dice usted [...] de la miseria que ya se siente allí y de la mayor que habrá después. Ya esto lo sabía yo por experiencia propia, pues los pedidos de Santa Clara, Sagua y Cienfuegos me llueven, y ya me cuestan un piquito, pero estoy preparada para lo mucho más que me ha de costar en lo adelante, sobre todo Santa Clara a quien estaré dispuesta siempre a ayudar».<sup>25</sup>

Mucha razón tuvo el erudito Francisco de Paula Coronado años más tarde, al señalar que: «Nuestros ricos son, por regla general, muy egoístas: amontonan los millones de pesos y aun les parece que tienen poco; malgastan sus rentas enormes y nunca se acuerdan de que hay pobres, ni piensan en que su país tiene necesidad de muchas cosas. ¿Qué rico hay que haga algo por la cultura de nuestro pueblo? Se podrían contar con los dedos de las manos los benefactores cubanos y todavía sobrarían algunos dedos ¡Qué pocos Abreus ha habido en Cuba!».<sup>26</sup>

Algunos biógrafos de Marta Abreu, como García Garófalo, Marquina y Camacho, han tratado de interpretar el legado de su biografía solamente en términos espirituales o subjetivos. Garófalo dice que Marta fue una «mujer superior que abarcó los tres más grandes aspectos de todo apostolado: el Bien, la Caridad y el Amor».<sup>27</sup> Marquina sostiene que el núcleo central de su vida gira en torno a la trilogía patria-patriotismo-patrimonio: «Marta Abreu, que puso su patrimonio al servicio de su patriotismo, lo hizo todo en obediencia a un designio de construcción, arquitecturado podríamos decir, de la patria. La conjunción de patria, patriotismo y patrimonio no es un mero juego de palabras. Es la explicación genuina en la vida de Marta Abreu de su profunda cubanidad».<sup>28</sup> Pánfilo Camacho la llama «Mujer comprendida», pues es su sentir: «Marta tuvo la rara suerte que muy pocas mujeres alcanzan de ser comprendida y amada fervientemente por un hombre que hasta llegó a renunciar al resto de su vida cuando le faltó la presencia de la esposa que idolatraba y por los hijos de su villa natal sobre quienes

<sup>25</sup> Rafael Marquina: ob. cit., p. 33.

<sup>26</sup> Francisco de Paula Coronado: «Prólogo», ob. cit., p. XIII.

<sup>27</sup> Manuel García Garófalo Mesa: ob. cit., p. 17.

<sup>28</sup> Rafael Marquina: ob. cit., p. 28.

había derramado a torrentes su bondad y su riqueza».<sup>29</sup> Agustín Veitía Ferrer lo traduce en términos mucho más pragmáticos, al referirse a la trayectoria de Marta Abreu como la puesta de capital en función social: «El capital de Marta Abreu tuvo justamente una función social [...] su dinero fue usado para producir felicidad en los demás».<sup>30</sup> En nuestra opinión, fue Marta Abreu un raro ejemplo, en lo sociedad colonial cubana, de una persona que combinó con acierto su vocación filantrópica, espíritu innovador y profundo patriotismo, entendido tanto en relación con su ciudad natal, Santa Clara, como con Cuba. Marta quiso que Santa Clara fuera una ciudad culta y moderna, para ello la dotó de un magnífico teatro, estación de ferrocarril y planta eléctrica, pero también una sociedad equilibrada en lo social, donde los pobres encontraron educación, salubridad y mitigación a sus males. Inicialmente afín al ambiente autonomista, al igual que su esposo, supo trascender las ideas del reformismo liberal y abrazó resueltamente la causa independentista y republicana. Su lugar y su figura en la historia de Cuba, merecen todavía un reconocimiento público y una admiración que estamos lejos de alcanzar. Ojalá estas páginas contribuyan al inaplazable homenaje a su memoria.

La Víbora, 14 de febrero de 2010

<sup>29</sup> Pánfilo Camacho: *Marta Abreu. Una mujer comprendida*, ob. cit., p. 10.

<sup>30</sup> Agustín Veitía Ferrer: ob. cit., p. 80.